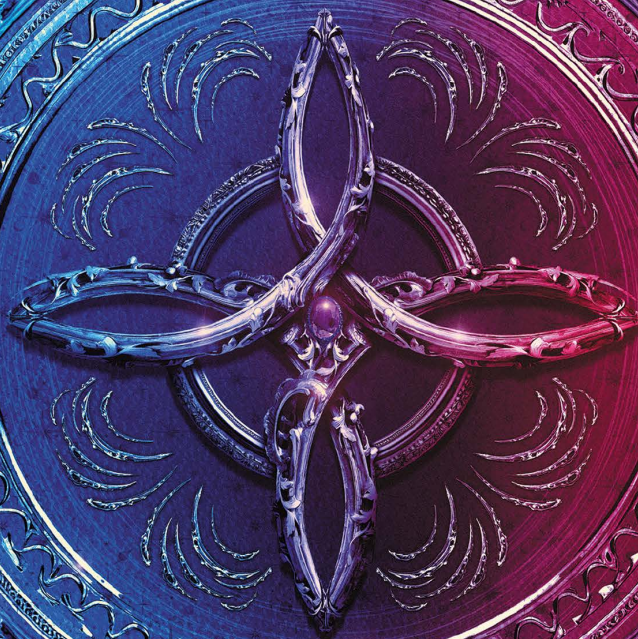


NO RECUERDA QUIÉN ES,
SU ENEMIGO SÍ

GUARDIANES



LOS CONDENADOS

BELÉN CERECEDA

CROSS
BOOKS

GUARDIANES

LOS @NDENADOS

GUARDIANES

LOS @NDENADOS

BELÉN CERECEDA



Este libro no podrá ser reproducido,
total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Belén Cereceda
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: César Castillo Márquez
[@elilusionista.cl](#)

1ª edición: abril de 2025

ISBN: 978-956-408-713-9
RPI: 2025-A-1304

Impreso en:

*A quienes alguna vez se han sentido
perdidos en su propia historia.
A los que han tenido que reconstruirse
con las piezas que otros dejaron atrás.
Que nunca te digan quién debes ser.
Nunca olvides tu propio poder.*

Prólogo



Hunters Blessed
Río de Ini, 1868

Bernard no creía en fantasmas. Sabía mejor que nadie que los muertos permanecían en sus tumbas, nada más. Sin embargo, el intrincado laberinto de túneles que se extendía bajo el Instituto lo hizo replantear su creencia. Susurros y murmullos sibilinos lo rodeaban, mientras las gotas de humedad caían del techo. La llama de su antorcha proyectaba sombras danzantes en las paredes, que despedían un olor a tierra fría.

No le gustaba permitir que sus pensamientos se desviaran hacia Antonia, su esposa. No quería pensar en que estaba traicionando a sus compañeros, pero los pasos de quienes lo seguían le recordaron que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para salvar a su familia.

Continuó avanzando con paso decidido, sosteniendo su arma con firmeza. Las runas grabadas en el mango de la ballesta brillaban tenuemente, un recordatorio de que no era una común, sino un legado entregado por La Orden. Cada runa inscrita con precisión contenía una fracción del poder protector de la Espada de Miguel, un símbolo de la determinación que los Guardianes debían portar. Si algún demonio se aventuraba en los túneles, se encargaría de detenerlo. El trato consistía en permitir la entrada a la galería de objetos custodiados, donde se encontraba la espada de Miguel. Invadir el territorio de los jóvenes Guardianes no estaba en juego.

La más joven alcanzó su brazo y lo detuvo, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Cuándo vendrá mamá? —preguntó con temor.

Bernard inhaló profundo antes de responder.

—Pronto —fue su respuesta concisa, con la esperanza de que fuera cierta. Los oscuros ojos lo miraron a través de las sombras, cargados de anhelo y ansiedad.

—¿Lo prometes? —insistió.

Bernard se negó a responder. En cambio, sacudió la cabeza en un intento vano de aclarar su mente y continuó su marcha.

No volvieron a detenerse.

Después de lo que se sintió una eternidad, una tenue luz comenzó a iluminar las paredes y las raíces de los tejos que se extendían en la húmeda galería. Bernard pensó en los árboles que guardaban las almas de sus antiguos compañeros. Su pecho se apretó con culpa.

Era irónico haber acordado reunirse justo allí, bajo el memorial de La Orden.

Una corriente helada recorrió su espalda, y Bernard se giró, examinando la oscuridad con desconfianza. Levantó su ballesta, las runas parpadeando con un brillo más intenso, y dejó que una saeta surcara el aire.

De las sombras surgieron dos siluetas.

El primero en aparecer fue un chico de cabello rubio y alborotado, quien avanzó con pasos ligeros, como si estuviera paseando por un parque en lugar de un túnel cargado de tensión.

—¿Estás loco? —exclamó, su voz resonando con una mezcla de incredulidad y diversión—. ¿Sabes cuántos adolescentes vienen aquí abajo solo para... ya sabes... cosas? Sam lo sabe mejor que nadie.

Sus ojos encontraron a Sam entre la penumbra, el hijo mayor de Bernard, y una mirada pícara cruzó su rostro. Era una mezcla de admiración y frustración.

El segundo en aparecer se movió con más cautela. Una capucha cubría parcialmente su rostro, pero la severidad en su porte dejaba claro quién era: León. Avanzó unos pasos más cerca de Bernard, quien mantenía la ballesta alzada.

—Román, deja de tomar todo a la ligera —dijo, con una reprimenda firme mientras su mirada se dirigía hacia una flecha clavada en la pared—. Buen tiro, por cierto —elogió mientras observaba la flecha clavada en el muro, manteniéndose serio.

Bernard bufó, sin apartar los ojos de la oscuridad que se arremolinaba más allá de los jóvenes.

—No es necesario que estén aquí —murmuró, bajando la ballesta—. Y tú, León, sabes muy bien que ese fue un tiro de advertencia.

León cruzó los brazos, con una expresión seria que parecía demasiado intensa para alguien de su edad.

—Nadie debería estar aquí. Esto es una pésima idea —advirtió con severidad.

—Pero... si no venimos nos perdemos toda la diversión —soltó Román, sonriendo. Verlo reír era toda una contradicción en las circunstancias en que se encontraban.

La respuesta de Bernard quedó atrapada en su garganta cuando las sombras comenzaron a moverse entre las raíces. La noche ya estaba bien avanzada y las puertas del Instituto estaban oficialmente cerradas.

Una bruma estival flotaba en el aire, fina y melancólica. Bernard dio un paso adelante, protegiendo a sus hijos detrás de él. Las runas de la ballesta se intensificaron reflejo de su propia determinación.

El primero en aparecer fue Parraví, seguido de un pequeño Imp que se escondía tras su pierna. La criatura, un diablillo de orejas desproporcionadas y ojos demasiado grandes para su cara, observaba a los presentes con una curiosidad maliciosa. Sus movimientos inquietos dejaban un rastro efímero de humo

negro, una señal de que su existencia estaba entrelazada con las energías demoníacas que Parraví controlaba.

Parraví, un antiguo Caballero, ahora convertido en brujo y desertor de La Orden, era alto y delgado. Su cabello gris caía desordenado sobre un rostro duro y marcado por arrugas profundas que no correspondían a ninguna edad en particular. En su túnica, ocultas entre los pliegues, brillaban inscripciones que parecían runas antiguas, como un eco corrupto de las que utilizaban los Guardianes. Su mera presencia hacía que el aire pareciera más frío, más denso.

Sus seguidores lo consideraban un líder visionario, un salvador, pero en círculos más restringidos lo llamaban Ladrón de Almas. Contrario a lo que él podría pensar de sí mismo, no era un redentor, sino un torturador implacable, un fanático del control que había impuesto su lema: «No hay misericordia en el poder».

A Parraví, las habladurías le causaban diversión. Disfrutaba de un poder absoluto y no tenía oposición. Además, con un poco de suerte, después de esa noche, sería capaz de controlar a cada demonio.

Encendió un cigarrillo y dio una larga calada.

—Baja esa cosa, Bernard. No soy un demonio al que puedas amenazar así —dijo, señalando la ballesta con desdén.

Antes de que Bernard pudiera reaccionar, las runas en su ballesta comenzaron a apagarse, parecía que una fuerza invisible les arrebatava su energía. La ballesta cayó al suelo con un ruido seco, inservible. Bernard sintió un sudor frío recorrer su espalda mientras Parraví avanzaba con paso confiado.

—¿Dónde está mi espada? —preguntó, su tono cargado de amenaza.

Bernard, tratando de mantener la calma, buscó en su bolsillo y sacó una pequeña llave de metal.

—El trato era entregarte esto —dijo con firmeza—, no la espada.

Parraví sonrió en la oscuridad, mientras la luz de las raíces arrojaba un brillo siniestro en su expresión.

— Sin espada, no hay trato —insistió.

Bernard parpadeó y su voz tembló ligeramente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

Parraví mantuvo su sonrisa lenta e inquisidora.

—Sabías desde un principio que es imposible que un demonio entre sin que los Custodios lo hagan trizas. Verás, Bernard, la verdad es que necesito la espada y estuve pensando en hacer algunos cambios en nuestro trato.

La determinación llenó la voz de Bernard.

—El trato no es negociable.

Parraví soltó una carcajada, negando con energía.

—Ay, viejo amigo, tú no tienes manera de negarte a esto. ¡Tráiganla! —ordenó.

Un murmullo de asentimiento recorrió a los presentes, y un chico emergió de entre las sombras, arrastrando a Antonia tras él. Ella luchaba y golpeaba con los puños, pero él era demasiado fuerte. La sala quedó en un silencio sepulcral cuando la luz reveló su rostro: Dante, el hermano gemelo de León.

El impacto fue inmediato. Los ojos de Bernard se abrieron desmesuradamente, incapaz de ocultar la mezcla de incredulidad y dolor que lo invadía. Los demás no podían apartar la vista, como si estuvieran viendo un fantasma. Dante no mostró ninguna emoción mientras obligaba a Antonia a ponerse de rodillas. Su cabello estaba enmarañado, y su rostro reflejaba una mezcla de agotamiento y furia, mientras la atención de todos permanecía dividida entre la mujer capturada y el hombre que había regresado de una forma inimaginable.

—¿Ahora sí piensas traer mi espada? —inquirió Parraví, con una sonrisa sádica.

Bernard no dijo nada. Su pálido rostro oscilaba entre mirar a Antonia y fijarse en el chico que la retenía. El rostro de Dante era inconfundible, aunque su expresión carecía de

emoción, como si hubiera sido despojado de todo lo que alguna vez lo hizo humano. Antonia, jadeando por el esfuerzo, sacudió la cabeza en señal de negación, sus ojos llenos de furia y determinación.

Todos sabían lo que significaba entregarle la espada a Parraví. Con ella, los demonios no tendrían restricciones, y no podían permitir que eso sucediera. Pero el regreso de Dante, vivo y bajo el control de Parraví, había trastocado toda certeza.

—Sabes que no voy a negociar... —comenzó Bernard. Su frase se vio interrumpida por el grito de Antonia.

Con una fuerza que nadie esperaba, Antonia se liberó. Dante, quien la retenía con fuerza, fue lanzado por los aires y chocó con violencia contra el muro de piedra. La sala se llenó de jadeos y gritos ahogados al ver cómo el gemelo de León se desplomaba, inconsciente.

Otro hombre corrió para intentar detenerla, pero Antonia lo sujetó por el cuello con una mano y lo arrojó al suelo con una fuerza devastadora.

—¿Con quién crees que tratas, Parraví? —exclamó, con su mirada fija en el brujo que tenía enfrente.

Sus venas se destacaban bajo la piel como raíces negras, y sus ojos brillaban con un oscuro matiz. Una luz intensa, similar a la que emanaba del Bastón de Rafael, rodeó momentáneamente sus manos mientras canalizaba una energía restauradora, aunque no era para sanar. En ese instante, todos supieron que estaba usando esa energía para amplificar su fuerza.

Con un rápido movimiento de su mano, quebró el cuello del chico que intentaba detenerla, sin mostrar la más mínima pizca de compasión. El cuerpo cayó al suelo con un sonido seco, y el túnel quedó en un silencio sepulcral.

Bernard tragó saliva, su mirada fija en el chico en el suelo, inmóvil, mientras el horror y la incredulidad crecían entre los presentes.

En un acto impulsivo, Antonia se lanzó hacia Parraví, sus ojos centelleando con una mezcla de ira y determinación. Sus manos extendidas buscaban atrapar al brujo, pero antes de que pudiera rozarlo, Parraví les enseñó por qué nadie se rebelaba contra él.

Con una mirada gélida, pronunció unas palabras oscuras y antiguas, y un rayo de energía sombría salió disparado de su mano. El rayo atravesó el aire en un abrir y cerrar de ojos, atravesando a Antonia como un relámpago mortal. Su cuerpo se detuvo en seco, suspendido en el aire, congelado en un grito de agonía.

Los hijos detrás de Bernard observaron la escena horrorizados. Todos, atónitos y paralizados, no podían apartar la vista de la terrible escena que se desarrollaba ante ellos. Antonia pendía en el aire, su mirada de angustia y sufrimiento grabadas en sus rasgos. La vida la abandonaba a pasos agigantados.

Parraví la sostenía con desdén, la vida humana no tenía ningún valor para él. Se volvió hacia Bernard con una sonrisa sádica.

—Esto es lo que sucede cuando desafías a las fuerzas que están más allá de tu comprensión, Bernard. Aprenderás que hacer un trato era lo más compasivo.

Con un gesto final, Parraví liberó su control sobre Antonia. Su cuerpo sin vida cayó al suelo con un golpe sordo. La conmoción y la tristeza llenaron el túnel mientras Bernard corría hacia su amada, aunque ya era demasiado tarde.

Su mundo se detuvo por completo.

—¿Está muerta? —susurró, incapaz de creerlo. Su corazón latía acelerado, lleno de miedo y ansiedad—. Está muerta —repitió en un vano intento por dar sentido a la frase que acababa de pronunciar.

Bernard alzó la vista para encontrar a su hija menor temblando. Percibió cómo la oscuridad descendía. Dio una mirada llena de ansiedad al chico con capucha frente a él, implorando

que de alguna forma detuviera eso, pero en el fondo ya lo sabía. Era demasiado tarde.

Sombras siniestras comenzaron a descender por los muros, arrastrándose y dejando huellas de alquitrán a su paso.

La expresión de Parraví estaba llena de ilusión.

—Hija de Lilith —susurró extasiado, recibéndola con júbilo.

—¡Brujo estúpido! Tú hiciste esto —oyeron todos, aunque nadie la vio abrir la boca.

Las llamas se retorcieron frente a Parraví, tomando diferentes formas. El pequeño Imp que lo acompañaba miró con pánico desde su pierna, su expresión diametralmente opuesta a la de su dueño, tranquilo e impávido, frente a lo que todos veían.

—Tranquilos, no pasa nada —dijo Parraví, presionando su puño contra el pecho y abriendo su abrigo para mostrar un pedazo de papel gastado—. Tenemos protección.

Sin embargo, en ese momento, el Pergamino del arcángel Uriel que Parraví sostenía con tanta seguridad comenzó a arder y se desvaneció en cenizas.

La oscuridad se cernía sobre todos ellos, y la figura de la hija menor de Bernard, ahora con rasgos demoníacos, se alzaba en medio del túnel. Su voz resonaba en sus mentes, llena de cólera y dolor, retumbando en cada rincón de sus almas.

El lugar tembló con ferocidad. Las sombras comenzaron a arremolinarse sobre sus cabezas, tan cerca que podrían haberlas tocado. La nube de oscuridad que rodeaba a Beatrice estalló en un torbellino de llamas carmesíes, y las sombras danzaban como si estuvieran vivas, respondiendo a un llamado ancestral. El fuego parecía devorarla desde dentro, pero ella no gritaba. Sus ojos, ahora vacíos y oscuros, parecían mirar más allá de este mundo.

Bernard, con el corazón palpitando de pánico, dirigió su mirada hacia León, sus rostros reflejando un temor compartido y abrumador.

—¡Tienes que sellarla! —exclamó, observando cómo los ojos de la joven se transformaban en un intenso negro.

—¡Te lo advertí, te dije que era una pésima idea! —rugió León, con la furia destellando en sus ojos azules. Rara vez perdía el control, excepto cuando el miedo se apoderaba de él, y perder a Beatrice le llenaba de un miedo paralizante—. ¡Sabes que no puedo sellar a Beatrice! ¡No a ella!

Un fuego abrasador envolvió a cada persona que acompañaba a Parraví, frente a la incredulidad del brujo, uno tras otro. El calor era tan intenso que los convertía en cenizas en cuestión de segundos. El pánico se apoderó de todos mientras veían a sus compañeros desaparecer en las llamas sin poder hacer nada para detenerlo. Gritos desesperados llenaron el túnel, y las sombras, una vez oscuras y aterradoras, ahora danzaban enloquecidas con el fuego que engullía a los desertores.

La chica, con ojos inyectados en ira y un aura siniestra, continuó su destructiva marcha, sin mostrar piedad ni compasión. Su poder era incontenible y el horror de la situación se hacía más evidente con cada vida que se consumía en el incendio demoníaco.

—¡No vamos a poder controlarla! —gritó Román, retrocediendo instintivamente. Su rostro, que siempre llevaba una sonrisa sarcástica, ahora mostraba una expresión grave. Miraba a León intentando decir algo, pero incluso él sabía que no había palabras suficientes para cubrir la enormidad de lo que estaba ocurriendo.

León estaba paralizado, atrapado entre sus sentimientos y la certeza de que la persona frente a él ya no era Beatrice. El caos parecía resonar en su interior, reflejado en el débil resplandor azul que se extendía desde sus manos, una energía que lo instaba a actuar. Una lucha interna desgarradora

se libró en su mente mientras la miraba con ojos llenos de dolor y determinación.

Se quitó los guantes con un movimiento rápido, desvelando los glifos titilantes grabados en su piel, líneas intrincadas que se conectaban como una red viva. Cada símbolo resplandecía en el mismo tono azul que sus ojos, activándose al conjuro que murmuraba entre dientes. Los pergaminos del arcángel Uriel estaban conectados a su linaje, y ahora esa conexión se manifestaba con toda su fuerza.

Con un gesto decidido, lanzó una moneda hacia Beatrice mientras pronunciaba las palabras clave del ritual. La pequeña pieza de metal giró en el aire, rodeada por un resplandor etéreo que crecía con cada revolución. Al tocar las llamas carmesíes que envolvían a Beatrice, una explosión de luz azul inundó el túnel, empujando las sombras hacia las paredes como oleadas de agua en retroceso.

Los glifos en las manos de León ardieron con la intensidad de pequeñas estrellas, liberando una barrera invisible que se extendió desde sus palmas. La barrera envolvió a Beatrice en un cascarón de energía, luchando por contener las llamas que la consumían. El túnel vibró con la colisión de energías opuestas, mientras el azul del sello competía contra el rojo abrasador de su ira descontrolada.

Por un breve momento, el fuego azul se mezcló con el rojo, iluminando el rostro de Beatrice. La oscuridad que la había dominado pareció estremecerse, y un destello de reconocimiento cruzó sus ojos. Fue fugaz, pero León lo notó. La verdadera Beatrice estaba allí, atrapada, intentando emerger.

—No... —un murmullo débil, un eco cargado de dolor y súplica, que se apagó antes de que pudiera convertirse en algo más.

La súplica desapareció tan rápido como había llegado. Su expresión se endureció, dejando traslucir un vacío frío. Las llamas rojas se intensificaron, y su cuerpo pareció erguirse

de manera antinatural, suspendido por una fuerza invisible. Su cabello flotaba alrededor de ella, desafiando las leyes de la gravedad, mientras sus ojos, oscuros y brillantes como brasas, ardían con un fuego que no pertenecía a este mundo

El cambio fue completo. El fuego azul del sello luchó con el rojo, y finalmente lo dominó, mezclándose en un tono púrpura vibrante que inundó la escena. Era la señal de que el sello se había completado, el momento en que todos supieron que no había marcha atrás.

Los recuerdos de Beatrice, su identidad, su amor, todo lo que la había definido, fueron arrancados de su esencia y transferidos a la moneda que ahora brillaba con intensidad entre las manos de León. La pieza de metal, ahora un trozo cargado de poder y tragedia, contenía el eco de todo lo que ella había sido. Su brillo era cegador, un contraste cruel contra la oscuridad que los rodeaba.

Cuando la moneda tocó el suelo, el sonido reverberó como un golpe final. Fue un eco que absorbió todo el ruido y el caos que había dominado el túnel. Las llamas se extinguieron, las sombras retrocedieron, y el lugar quedó envuelto en un silencio sepulcral. Solo el eco de los sollozos de Bernard rompía la quietud.

León, aún de pie, sintió que el peso de la moneda en su mano era mayor que cualquier otra carga que había sostenido. Su pecho dolía con la intensidad de la pérdida. Había sellado a Beatrice, había contenido el peligro. Pero mientras miraba la moneda, supo que el vacío que sentía ahora... se debía a que se había sellado a sí mismo.